Querido/a amigo/a:

Este artículo, en el que convergen: un análisis que lleva al compromiso y la poesía, como única forma de aludir a lo Real , nos recuerda que seguimos celebrando la Pascua, en comunión con las mujeres cristianas de las diversas Iglesias con vocación de hacer más pleno su hermanamiento en Cristo. Ellas nos recuerdan en este mensaje ecuménico nuestro imprescindible papel  en la comunidad eclesial junto a los varones, en un camino irrenunciable hacia la verdadera paridad en Él.

En estos tiempos de alarma y confinamiento, de nuevo circunstancias familiares me alejarán por un tiempo de esta red en la comunicación virtual, pero no en el espíritu que nos une a todos  desde hace años en la red Proconcil.

Hasta que nos reencontremos virtualmente, sigamos viviendo y anunciando la Pascua.  
  
Un abrazo fraterno

Emilia Robles

<<https://blog.cristianismeijusticia.net/2020/04/20/la-primera-pregunta-del-resucitado>>  
  
**LA PRIMERA PREGUNTA DEL RESUCITADO**

**20 abril 2020 · por Lucía Ramón · en Reflexiones, Teología feminista**  
En estos días de Pascua volvemos a los relatos originarios que dan cuenta de la experiencia fundacional de la fe cristiana y los encontramos llenos de discípulas. Mujeres cristianas, amigas de Jesús, que le amaron y le cuidaron hasta el final. Ellas no solo le siguieron por los caminos durante su ministerio público, también le acompañaron en sus momentos más trágicos, al pie de la Cruz, y se atrevieron a desafiar al miedo y la vergüenza pública para amortajarlo.  
  
En una luminosa mañana de primavera María Magdalena, María de Santiago y Salomé caminan hacia el huerto donde reposa el cuerpo de Jesús para ungirlo con sus manos gastadas por los trabajos "serviles" e invisibles de mujeres. Cuantas veces los encuentros de las mujeres con Jesús pasan por la mediación del cuerpo: nutrir, alimentar, dar de beber, lavar, acariciar, sanar y buscar la sanación. Nadie como ellas entendió que la salvación es encarnada, pasa por nuestros cuerpos.  
  
Como muchos otros días se ponen en marcha para seguirle incluso hasta la muerte… Ellas están acostumbradas a soportar el dolor y a encararlo. Caminan decididas a dar el último adiós al maestro, aquel que no temió tocarlas con delicadeza y ternura para restaurar su dignidad herida y sanarlas de todas sus dolencias y que las aceptó como discípulas… Aquel que tantas veces se dejó tocar por ellas y agradeció sus caricias.  
  
"¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16,3). La pregunta no les detiene, caminan esperando contra toda esperanza. A menudo las mujeres confían en la vida hasta en las peores circunstancias. No caen en la parálisis ni se dejan atenazar por el miedo y la tristeza cuando parece que todo está perdido. La piedra del sepulcro se interpone entre ellas y el Cristo, aquel que con su Espíritu dilató los horizontes de su vida y su esperanza.  
  
"¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16,3). La pregunta de aquellas mujeres y su anhelo de vida siguen vigentes. Nicole Fischer-Duchamp, responsable del proyecto Cartas Vivas del Consejo Mundial de Iglesias, rememora así el camino recorrido por aquellas mujeres conectándolo con nuestra experiencia: "Totalmente conscientes de ese inamovible obstáculo que las esperaba, las mujeres inician un caminar lleno de esperanza, dispuestas a luchar por la vida, inspiradas por su visión de la comunidad de fe, una iglesia sin exclusiones, fiel, profética, acogedora. La historia de este recorrido se ha repetido muchas veces desde aquella primera mañana de Pascua. Una y otra vez las mujeres han emprendido el camino hacia la muerte, la piedra, la resurrección". Como ellas, las mujeres cristianas de todo el mundo hemos iniciado este año una revuelta de las mujeres en la Iglesia, un movimiento en el que resuena ese anhelo de vida, de justicia y de dignidad de las primeras discípulas  
 , nuestr  
 as madres. Ellas, que vivieron la experiencia de ser tratadas por Jesús como iguales, nos impulsan a transformar la Iglesia y la sociedad hasta que la igualdad de oportunidades y derechos sea costumbre.  
  
A principios de los noventa, el programa del Consejo Mundial de las Iglesias Cartas Vivas promovió las visitas de equipos ecuménicos a 330 iglesias, 68 consejos nacionales y unos 650 grupos de mujeres para conocer su realidad, alentar su trabajo, y fomentar la solidaridad y el compromiso de las iglesias con ellas. Este programa potenció enormemente la toma de conciencia y la reflexión comunitaria en el ámbito de las iglesias miembros del Consejo Mundial. Significó el fortalecimiento de proyectos y redes de mujeres y en solidaridad con ellas en todos los ámbitos a través del movimiento ecuménico. Nada de esa envergadura se ha realizado nunca en la Iglesia Católica. Quizás es el momento de hacerlo. Cuando tantas mujeres en el mundo consideran que la Iglesia ha sido y es un obstáculo para la afirmación de la dignidad de las mujeres y sus derechos y para su reconocimiento, cuando la piedra del machismo sigue aplastando a tantas mujeres en la Iglesia, no podemos quedarnos paraliza  
 dos por  
 la comodidad, el egoísmo o el cansancio. Nos jugamos la credibilidad del Evangelio.  
  
La opresión de las mujeres no es simplemente un asunto sociológico, es también una cuestión teológica, eclesiológica y ecuménica. Tiene que ver con la acogida y el desarrollo del reino de Dios en y entre nosotros. A la luz del Dios de Jesucristo, que nos ha creado tanto a hombres como a mujeres a su imagen, y nos muestra una nueva visión de la humanidad y de las relaciones humanas que la Iglesia está llamada a encarnar, la discriminación de la mujer interpela nuestra aceptación pasiva de la injusticia que supone para la mitad de la humanidad el tener menos oportunidades de vida y de desarrollo por razón de sexo.  
  
Esta discriminación desafía a una Iglesia que ha sido llamada por Jesús a un ministerio de la reconciliación y la profecía. Un ministerio destinado a capacitar, compartir y curar, y a denunciar cualquier forma de opresión que atente contra la dignidad de las personas, también en sus propias estructuras, enseñanzas y prácticas, con el fin de hacer realidad una Iglesia transformada y renovada por la acogida del Reinado de Dios. Una Iglesia en la que participen plenamente tanto hombres como mujeres en todos los ámbitos. Una comunidad regida por relaciones de amor y amistad, y no según el modelo del amo y el esclavo. Una Iglesia en la que se reconozcan y se afirmen las vocaciones de las mujeres llamadas por el Espíritu a la teología y el magisterio, al liderazgo y acompañamiento espiritual y a los diversos ministerios.  
  
Finalmente, es una cuestión ecuménica porque existe una estrecha relación entre la búsqueda de la unidad y la lucha contra la discriminación en la Iglesia y en la sociedad. La unidad querida por Dios para su Iglesia no puede ser únicamente doctrinal. Ello, aunque necesario, no es suficiente. El racismo, el sexismo y otras formas de exclusión son una negación de la creación de Dios y de la redención realizada en Jesucristo. Estas realidades están en contra de la voluntad de Dios y dañan  tanto a la Iglesia como las divisiones doctrinales. La búsqueda de la unidad visible de la Iglesia pasa también por derribar todos los muros de la exclusión (Ef 1,14-21). Están en juego el reino de Dios y su justicia.  
  
Os propongo un texto para la reflexión de alguien vivió intensamente la experiencia de las Cartas Vivas. Es un poema de Irja Askola, pastora de la Iglesia Luterana de Finlandia y Secretaria del Decenio Ecuménico por el Consejo de Iglesias de Europa. Podéis leerlo despacio después de proclamar Jn 20,11-18. Dejad libre la imaginación y los sentidos… Dejad que el texto resuene dentro… ¿Qué os sugiere? ¿qué acciones concretas os inspira?  
  
  
El camino recorrido por las mujeres  
  
Iban caminando al amanecer  
tristeza en el alma  
aromas en sus cestas  
en medio de su desconsuelo  
encontraron fuerzas para actuar  
mirra y aloe y bálsamo en sus manos.  
En medio de la paralizante realidad  
avanzaban  
solas en su dolor  
juntas en su caminar.  
  
Las encontramos en nuestro camino  
mujeres de ciudades y de aldeas  
en cocinas y salones parroquiales  
que llevan tristeza en el alma,  
pero aromas de vida en sus cestas,  
que se afligen, sirven y atienden, cada una en su lugar  
pero también avanzan  
encontrándose en el camino  
cruzándose  
en el sendero del huerto de la Pascua  
mujeres que, a pesar de todo,  
se levantan al amanecer  
se lanzan a la vida.  
  
Pero la piedra  
la gran piedra  
que separa a las mujeres de su amado  
que les impide hacer  
lo que consideran natural, necesario, imprescindible  
… pero el perfume de los aromas es fuerte  
y la necesidad de transformar  
sus emociones en acción  
es evidente.  
Y la piedra  
ocupaba su espíritu.  
Se hacía más y más grande  
y casi las vencía la aflicción.  
Somos demasiado débiles, demasiado pequeñas, demasiado pocas…  
El olor de la impotencia y el desamparo  
se hacía más fuerte que el perfume de los aromas  
y dominaba su espontánea convicción  
¿Caminamos en vano?  
¿Hemos de tirar nuestros aromas?  
¿No es mejor abandonar, y tratar solo de olvidar…?  
  
Las encontramos en nuestro camino  
mujeres en conferencias y reuniones  
en oficinas y en huertos  
cuyo entusiasmo se ha desecado  
cuyo compromiso ha sido aniquilado.  
Ven la piedra  
y solo la piedra.  
Han vuelto sobre sus pasos  
algunas manos sangraban  
la piedra era demasiado pesada,  
demasiado resistente, demasiado dura.  
La mañana está llegando al huerto  
los rayos del sol naciente iluminan el horizonte  
narcisos, azafrán, jazmines,  
la vida celebrada en todos sus colores.  
  
Alivia el dolor la belleza  
nuevos despertares confortan la tristeza.  
Los pasos lentos y el silencio se transforman en  
risa y alborozo por el descubrimiento.  
¡Venid a ver!  
¿Ya lo encontrasteis?  
¡Mirad aquí, y aquí  
qué gran eclosión!  
Encontramos muchos signos de esperanza en nuestro camino  
nuevos despertares, renovación y profunda transformación.  
Encontramos iglesias, conventos y monasterios  
escuelas de teología, consejos y sínodos  
donde la fidelidad al Evangelio ha puesto al descubierto  
talentos ocultos y ocultos dolores  
y donde la fidelidad a la tradición  
ha abierto a las mujeres puertas olvidadas.  
  
Quedamos impresionados e impresionadas por los innumerables ministerios ejercidos por las mujeres a las que se reconoce cabalmente  
y por la fortaleza y los dones de las mujeres.  
Encontramos mujeres y hombres  
en albergues y ollas populares  
en campamentos de refugiados y centros de orientación  
que están aprendiendo a deletrear  
en su lucha cotidiana  
la palabra "solidaridad".  
Y la piedra fue removida  
y el azafrán estaba floreciendo  
y el perfume del día era esperanza y alegría.  
  
Las cestas en sus manos, las buenas nuevas en sus corazones  
las mujeres apresuraron el regreso  
tanto tenían que compartir…  
la realidad que cambia la vida  
debe comunicarse, difundirse, celebrarse.  
Llenas de vida, plenas  
las mujeres corren todo el camino de regreso  
rápidos pasos en la escalera,  
sin aliento, golpean  
a la puerta del aposento alto  
ansiosas por compartir todo lo que han visto.  
  
Los discípulos  
que habían permanecido encerrados  
y sin saber aún  
qué había sucedido, qué estaba sucediendo  
sólo abrieron la puerta, no su mente.  
"Historias sin fundamento…  
no les creemos".  
¡Qué golpe!  
Quedarse sin aliento ya no era algo físico;  
estaban sin aliento en lo profundo de su ser.  
No podían creer  
que los hombres no creyeran algo  
que era tan cierto.  
  
Las lágrimas de tristeza del amanecer se volvieron  
lágrimas de rechazo y frustración.  
Y las encontramos en nuestro camino  
mujeres en sus ligas y en sus clubes  
en encuentros de oración y en escuelas teológicas  
en consejos y corredores parroquiales  
mujeres que llevan consigo una herida  
a quienes un dirigente de la Iglesia les dijo  
"Son demasiado emotivas, exageran,  
son insoportables".  
  
Mujeres avergonzadas de sus talentos  
porque la jerarquía de la Iglesia les ha dicho  
que no saben lo suficiente  
que no son teológicamente correctas  
y que no acaban de comprender.  
Mujeres que perdieron parte de su personalidad  
porque un sacerdote les dijo:  
"Lo que vieron  
no es cierto  
y lo que sienten  
no es correcto".  
Mujeres que dejaron de florecer  
porque nadie cree  
lo que les ha sucedido.  
  
Pero Pedro se puso en pie  
dejó la habitación  
¿y si las mujeres tenían razón?  
Creencia e incredulidad  
esperanza y desesperanza  
curiosidad y confusión  
todo mezclado  
y en el fondo de su espíritu los celos perturbadores:  
si las mujeres tenían razón  
¿por qué yo no estuve también allí  
como primer testigo?  
  
Llega al huerto  
y mira.  
Ve, siente, sabe ahora  
lo que las mujeres querían compartir con él.  
Ve con sus propios ojos  
que la piedra está removida.  
Huele el aroma de las flores  
la promesa de nuevos amaneceres  
la vida lo saluda en los narcisos.  
El sabe  
que lo perdí  
lo he recuperado  
y sin embargo  
ya nada es lo mismo  
ya no hay sendero, sino todo el prado  
ya no hay puertas cerradas, sino estancias abiertas  
ya no hay final, sino vida para siempre.  
  
Encontramos a esos hombres en nuestro camino  
hombres que querían ver  
lo que nosotras las mujeres habíamos descubierto  
que compartían la alegría de nuestros hallazgos  
que no tenían miedo de nuestras lágrimas  
que no se pusieron a la defensiva  
cuando reencontramos nuestra fuerza y comenzamos a florecer.  
Encontramos hombres en el aposento alto  
que estaban cansados y sedientos del perfume de la vida.  
  
Pero también encontramos quienes nos ignoraron, nos culparon.  
Encontramos hombres en el huerto  
asombrados por todo lo que veían.  
Encontramos hombres  
que caminaban con nosotras, que se unieron a nosotras  
que querían saber más que se atrevían a preguntar antes de responder  
a escuchar antes de enseñar  
que corrían el riesgo  
de sentir y creer que todo eso era cierto.  
  
Y en el huerto esa mañana de Pascua  
María presenció la aparición de Jesús.  
Tan solícito como antes  
se acercó, y suavemente  
comenzó a preguntar  
"Mujer ¿por qué lloras?"  
En el huerto  
encontró a Dios  
cuya primera pregunta después de la resurrección  
se dirigió a una mujer  
afligida en su corazón  
sollozante y adolorida.  
  
¡En el momento más profundo del cristianismo  
en las primeras horas de la resurrección  
hay lugar para una pregunta  
hay interés  
hay atención para una mujer  
que solloza!  
Y las encontramos en nuestro camino  
números infinitos de mujeres  
que estaban sollozando.  
Pero nadie les preguntaba por qué lloraban  
ni siquiera la Iglesia  
que había prometido  
imitar a  Jesús.  
Encontramos a esas mujeres  
en oficinas y en albergues de la Iglesia  
en hogares y en encuentros de cristianos  
mujeres cuyo dolor está oculto, y sin embargo es tan real  
mujeres invisibles, olvidadas, ignoradas  
mujeres supervivientes  
y aquellas cuya historia sigue siendo la de víctimas  
mujeres cuyas heridas fueron causadas por un hombre de su iglesia  
y cuyo sufrimiento  
se justifica por su lealtad a la iglesia  
y cuyos labios siguen apretados  
por consejo de un pastor.  
Encontramos a esas mujeres  
en cada país y en cada iglesia.  
Y comprendimos que  
la violencia contra las mujeres  
existe en medio de nosotros mismos.  
  
Y en el huerto  
María, Salomé y Juana  
Pedro y los demás  
recuerdan, comienzan a recordar  
y saben  
Tenemos que dejar el huerto.  
No podemos rendir culto a un sepulcro vacío.  
El Señor resucitado ya está camino a Galilea  
esperándonos con la promesa  
llamándonos a actuar…  
  
Y los encontramos en nuestro camino  
mujeres y hombres  
que saben  
que es hora de actuar  
las cestas llenas de narcisos y azafrán  
los corazones llenos de entusiasmo y visiones  
que cantan la canción de la vida  
recordando a quienes se fueron antes que nosotros  
celebrando a quienes caminan con nosotros  
bendiciendo a quienes vendrán después de nosotros  
contando una y otra vez  
la historia de la piedra ya removida.  
  
\*\*\*  
Irja Askola, pastora de la Iglesia Evangélica Luterana de Finlandia